



AIBR  
**Revista de Antropología  
Iberoamericana**

[www.aibr.org](http://www.aibr.org)

**Volumen 16**

**Número 1**

Enero - Abril 2021

Pp. 37 - 59

Madrid: Antropólogos  
Iberoamericanos en Red.  
ISSN: 1695-9752  
E-ISSN: 1578-9705

## **Sociabilidades que impregnan historias: Vivencias narrativas en el Agreste Nordestino de Brasil**

**Mónica Fernanda Figurelli**

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) /  
Universidad Nacional de Misiones, Argentina

**Recibido:** 26.02.2019

**Aceptado:** 10.02.2020

**DOI:** 10.11156/aibr.160103



## RESUMEN

En este artículo atiendo *historias* que me contaron durante el trabajo de campo y focalizo en los momentos específicos en que fueron narradas. Me baso en una investigación realizada en poblaciones rurales del Nordeste de Brasil, las cuales se sitúan en tierras que en un período anterior pertenecieron a un antiguo latifundio algodonero y ganadero. Me interesa mostrar de qué modo las historias contadas traen consigo no solo un contenido, sino también el pasaje de ese contenido. Dicho pasaje nos conduce a las convenciones y, con ellas, a las desigualdades, jerarquías, reputaciones, moralidades y sociabilidades que lo impregnan y que permiten la circulación de determinadas historias. Asimismo, el foco en el momento narrativo nos permite pensar las acciones que la narración supone más allá de esa circulación y sus efectos en las relaciones sociales. A partir de aquí, propongo pensar a las historias que analizo como vivencias, como experiencias sociales íntegras e irrepetibles.

## PALABRAS CLAVE

Historias contadas, momento enunciativo, sociabilidad, vivencias narrativas, Nordeste de Brasil.

## **SOCIABILITIES THAT PERMEATE STORIES: NARRATIVE EXPERIENCES IN THE *AGRESTE* REGION OF NORTHEAST BRAZIL**

## ABSTRACT

In this article, I deal with stories that were told to me during fieldwork on lands that once were part of an enormous livestock and cotton plantation in the *Agreste* region of Northeast Brazil. In this work, which focused on the specific moment in which storied were shared, I am interested in showing how the stories I was told yield not only content but also the transmission of that content. This transmission leads into conventions and with them, the inequalities, hierarchies, reputations, moralities and sociabilities that permeate the stories told, allowing certain ones to circulation. At the same time, the focus on the moment of storytelling offers an opportunity to think about the actions that the narrative entails beyond its circulation, and its effects on social relations. Finally, I reflect on the stories analyzed in the article as moments lived, as complete and unique social experiences.

## KEY WORDS

Stories told, enunciatory moment, sociability, narrative experiences, Northeast Brazil.

En el sertão del nordeste vivía antiguamente un hombre lleno de conversaciones, medio cazador y medio vaquero, alto, magro, ya viejo, llamado Alexandre. Tenía un ojo torcido y hablaba escupiendo a la gente, espumando como un sapo cururú, pero esto no impedía que los habitantes de las cercanías, hasta las personas de respeto, fueran a oír las historias gangosas que contaba. Tenía una casa pequeña, media docena de vacas en el corral, un chiquero de cabras y cultivo de maíz en la bajante del río. Además, poseía una espingarda y la mujer. La espingarda lazarina, la mejor espingarda del mundo, no fallaba y alcanzaba lejos, alcanzaba tanto como la vista del dueño; la mujer, Cesária, hacía encaje y adivinaba los pensamientos del marido. Los domingos y días santos la casa se llenaba de visitas —y Alexandre, sentado en el banco del porche, fumando un cigarro de chala muy grande, discurría sobre acontecimientos de la juventud, a veces se turbaba y apelaba a la memoria de Cesária—. Cesária tenía siempre una respuesta en la punta de la lengua. Sabía de memoria todas las aventuras del marido...<sup>1</sup> (Ramos, 2008: 11; traducción propia).

## Introducción

Era temprano en la mañana. En el pueblo, Luís Cardoso bajó de la camioneta a la vereda de la casa de Manoel David, «el vaquero», y lo llamó. Nos recibió su esposa y Manoel apareció luego. Luís me presentó y le pidió al vaquero que me contara la historia de Belém desde el comienzo. Enseguida me indicó que me quedara allí, y concluyó: «*él va a empezar la historia, tiene ochenta y un años de Belém*» (Luís Cardoso, 22 de abril de 2009). Aquello fue recibido con naturalidad, tanto por Manoel como por su esposa, Ivanilda, quien acentuó que él me explicaría «todo»<sup>2</sup>.

Luís se fue, nos sentamos en los sillones de la sala y ella se dirigió a la cocina a preparar el desayuno. Manoel comenzó la historia. Luego de

---

1. No sertão do nordeste vivia antigamente um homem cheio de conversas, meio caçador e meio vaqueiro, alto, magro, já velho, chamado Alexandre. Tinha um olho torto e falava cuspiendo a gente, espumando como um sapo-cururu, mas isto não impedia que os moradores da redondeza, até pessoas de consideração, fossem ouvir as histórias fanhosas que ele contava. Tinha uma casa pequena, meia dúzia de vacas no curral, um chiqueiro de cabras e roça de milho na vazante do rio. Além disso possuía uma espingarda e a mulher. A espingarda lazarina, a melhor espingarda do mundo, não mentia fogo e alcançava longe, alcançava tanto quanto a vista do dono; a mulher, Cesária, fazia renda e adivinhava os pensamentos do marido. Em domingos e dias santos a casa se enchia de visitas —e Alexandre, sentado no banco do alpendre, fumando um cigarro de palha muito grande, discorria sobre acontecimentos da mocidade, às vezes se enganchava e apelava para a memória de Cesária. Cesária tinha sempre uma resposta na ponta da língua. Sabia de cor todas as aventuras do marido...

2. En este artículo todos los nombres propios y algunos de lugares fueron cambiados. Las traducciones de las citas de campo y bibliográficas fueron realizadas por la autora.

hablar un rato me dijo: «*por la charla que te di ya sacaste la historia de Belém todita*», y continuó contando. «*Explícale bien*», intervenía Ivanilda.

Un rato más tarde, el llamado de Ivanilda nos condujo hacia la cocina. Una mesa servida con café, leche, cuscús, huevo, galletitas y otros alimentos plasmaban su recepción. Agradecida, tomé mi segundo desayuno en la mañana.

Volvimos a la sala y Manoel continuó la historia. La invitación a otra comida acompañaba su relato y las charlas entre él y su esposa respecto al almuerzo despuntaron durante mi visita. Consideraron que sería más apropiado convidarme porotos verdes en lugar de habas.

Cuando me marché, Ivanilda fue conmigo hasta la vereda. Manoel no pudo hacerlo por un malestar físico. «*Presión alta*», me dijeron. En la despedida, su esposa habilitó la posibilidad de que los visitase nuevamente. Podría volver si así lo deseara, y podríamos continuar conversando.

Luís Cardoso no vive en el pueblo. Habita el asentamiento de reforma agraria<sup>3</sup> donde me hospedé para hacer mi trabajo de campo y preside la Asociación de ese lugar. Cuando le hablé de Belém mencionó a Manoel, quien conocía «*la historia de Belém todita*». Fue poco después de aquello que me acompañó a su casa en el pueblo para que yo también pudiera oírlo. Luís había escuchado su historia mucho tiempo atrás, cuando Manoel y él eran vecinos. Fuimos en el auto de Gregório, el presidente del Sindicato de los Trabajadores Rurales del municipio, en cuya casa estaba alojada.

Manoel no se sorprendió por la recomendación de Luís; la situación le concedía una posición ya conocida por él y su esposa. A su entender, «*sabía todo*» de Belém, como Luís había mencionado, y me pasaría la historia completa. A su vez, Manoel mencionó a otra persona que también podría ayudarme: Serafim, «el balancero». El viejo vaquero deseó en aquel momento que fuéramos a la casa de Serafim para conversar, pero por su salud aquello no fue posible, de modo que me sugirió que lo hiciera sola. Su esposa me indicó cómo llegar a esa casa, hacia donde iría de parte de ellos un tiempo después.

Varios elementos de ese acontecimiento nos remiten a la dinámica social del lugar en el que estaba investigando. Belém era un antiguo latifundio ganadero y algodonero al sur de la región Agreste de Rio Grande

---

3. Los asentamientos de reforma agraria se construyen en tierras que el Estado brasileño despropia a los fines de distribuirla entre familias sin propiedad para que estas las trabajen y vivan en ellas. Las ocupaciones de tierras improductivas por parte de trabajadores y trabajadoras rurales organizados en sindicatos, movimientos o apoyados por la Comisión Pastoral de la Tierra son el principal impulso a su surgimiento.

do Norte, Brasil<sup>4</sup>, que hoy se reparte en varias comunidades y un asentamiento de reforma agraria. Muchas personas que habitaron la gran propiedad continúan en esas tierras, los llamados *moradores* y sus familias, cuyas edades se elevan por encima del medio siglo<sup>5</sup>. Realicé mi investigación entre los años 2008 y 2010. Esta estuvo basada en un trabajo de campo en las comunidades que constituían Belém —una de ellas hoy convertida en el asentamiento en el cual me hospedé—, en «entrevistas» realizadas tanto en ese lugar como fuera de allí y en la indagación en diferentes archivos.

Por la gentileza de integrantes de la Federação dos Trabalhadores na Agricultura do Estado do Rio Grande do Norte (Fetarn) y del sindicato de los trabajadores y trabajadoras rurales de la región de mi trabajo de campo, llegué a las tierras de lo que era Belém con una pregunta acerca de un conflicto que había ocurrido entre los moradores y los propietarios del latifundio previamente al golpe militar de 1964. Sin embargo, la cuestión pronto me llevó a oír las *historias* que algunas personas tenían para contar. En Belém, la mención al evento ocurrido antes de la dictadura me abrió un circuito pequeño de entrevistados/as. Este estaba compuesto por las personas que participaron activamente en los procesos de sindicalización de trabajadores rurales que ocurrieron en la época y, en algunos casos, también por quienes fueron parte de la *lucha* más reciente por la desapropiación de las tierras que hoy componen el asentamiento en el cual me hospedé, la cual fue apoyada por el sindicato de los trabajadores rurales. A medida que el trabajo de campo se desarrollaba, percibí que «Belém» era un asunto pertinente para una gran parte de las personas del lugar, pero no el conflicto, de modo que cambié la referencia de mi pregunta inicial y en lugar de cuestionar en torno al «conflicto en Belém» pasé a indagar sobre la vivencia de mi interlocutor/a en Belém para entrar, más tarde, al punto que motivaba mi investigación.

---

4. Esta subregión del Nordeste se sitúa al oeste de la región costera (Zona da Mata). Su diversidad geográfica muestra una transición entre la humedad de esta última y la sequedad de tierras adentro (Andrade, 1998).

5. Los *moradores* se desempeñaban como la fuerza de trabajo de la propiedad, en la que recibían una casa. Allí podían cultivar para la subsistencia familiar. Debían dar al propietario un día de trabajo gratis por semana y anualmente estaban obligados a pagar un *foro*, que ellos definieron como un arrendamiento. Además, debían plantar algodón, que sería vendido a la propiedad en condiciones que los desfavorecían. Otros habitantes de la propiedad desempeñaban trabajos de mayor jerarquía. Entre estos se contaban los *vaqueros*, quienes cuidaban del ganado del propietario, y el «balancero», que administraba el *almacén* del dueño y pesaba el algodón que los moradores le vendían. Para *fazendas* de ganado en el Nordeste de Brasil ver Cascudo (1956), Johnson (1971), Bastos (Sin fecha), Almeida y Esterici (1977a y b). Para un análisis del sistema de *morada* en sistemas de *plantation* cañera ver Sigaud (1979), Palmeira (1977) y Heredia (1986).

Al mencionar Belém se abrían *historias*, como llamaban mis interlocutores/as a lo que me contaban. Esas historias tenían sus contadores/as, y como estrategia metodológica fui siguiendo las recomendaciones que me daban en el trabajo de campo sobre con quién hablar o qué consultar. Las historias no me hablarían de una misma cosa, y las sugerencias no seguirían un mismo criterio temático. «Belém» podía referirse a una familia de latifundistas, a la explotación de los moradores que trabajaban en esas tierras o a los procesos de sindicalización y *lucha* que habían ocurrido en el lugar desde la década del sesenta. Sea una u otra cuestión, «Belém» traía a las historias y a sus contadores/as.

Al abordar esas historias durante el trabajo de campo, mi primer énfasis fue en su contenido. Luego, las recomendaciones de posibles contadores/as me llevaron a trazar un mapa de relaciones y desde aquí fui reconstruyendo la dinámica social relacionada con las diferentes construcciones ontológicas que las historias mostraron (Figurelli, 2011 y 2015). Pero había algo más respecto a esa dinámica que no había abordado sistemáticamente y que tenía que ver con el momento específico en que las historias eran contadas. Estas se veían afectadas por un sinnúmero de variables que se ponían en juego en el momento de su narración. Además, los relatos tenían lugar en formas que se repetían. Tales formas me abrieron un camino hacia la sociabilidad del lugar.

La búsqueda por ir más allá del contenido de los enunciados e incorporar en ellos el momento narrativo me lleva a un camino largamente trabajado desde diferentes ángulos. En torno al lenguaje, autores pioneros como Jakobson y Austin, por ejemplo, destacan la acción y ponen en relevancia la situación de enunciación en relación con aquello que es dicho. Así, desde su esquema de la comunicación, Jakobson (1986) aborda el acontecimiento, el lenguaje en funcionamiento, mientras que en Austin (2006) es central el «contexto» del intercambio lingüístico, la existencia de las condiciones apropiadas, a la hora de pensar los *actos ilocucionarios*.

Por otro lado, desde el folclore, texto y contexto se abordan conjuntamente en el *evento comunicativo* a partir del cual se critica su consideración por separado. La situación *performática*, la *acción*, toman primacía al considerar relatos, sonidos y artefactos (entre otros, Bauman, 1975; Ben-Amos, 1971; Hymes, 1971). Otros trabajos enfatizan las voces que desbordan lo escrito y abren el texto a su momento performático. Zumthor (1993) nos invita a ver en la escritura medieval aquella *performance* de la que no se desliga, aquella *vocalidad* creadora de sentidos que se vuelve una parte constitutiva del texto. Del mismo modo, Dupont (1991) percibirá la voz y el evento de las obras homéricas, intentará reencontrar a Homero en su contexto enunciativo, en su cotidianeidad, en los

banquetes griegos donde los cuentos de los bardos eran oídos. Y Galand-Pernet (1998) observará que, en el dominio de la literatura bárbara, lo literario involucra lo oral, que el acto de comunicación entre un autor y el auditorio se hace presente en la organización del mensaje; de nuevo, el texto se verá indisociable del momento de su manifestación colectiva.

Finalmente, citaré aquí los trabajos de Claus (1991), Gold (1991), Grima (1991), Mills (1991), Ramanujan (1991) y Abu-Lughod (1999), los cuales nos permiten apreciar la relación intrínseca entre narrativa y situación performática con particular atención al género. En ellos, las relaciones de género adquieren un lugar central a la hora de pensar cuentos, poemas, historias o cantos.

El momento en que una narrativa es ejecutada toma un lugar central con esos/as autores/as. Los trabajos nos traen la centralidad del contexto enunciativo a la hora de pensar los relatos, pero además nos permiten reflexionar en torno a las acciones que la narración supone más allá del pasaje de un contenido. En diálogo con esa bibliografía, desde lineamientos teóricos que al pensar narrativas conducen la atención hacia contextos y actos, en este artículo me centro en los momentos específicos en los que las historias me fueron contadas y me propongo dos objetivos. En primer lugar, observo las sociabilidades y moralidades que se impregnan en las historias a partir de las situaciones narrativas. En este sentido, me sumerjo en esas situaciones y reflexiono sobre los diferentes factores sociales que forman parte de las historias. Estas se actualizaban en el momento en que eran narradas y ese momento incorporaba elementos que afectaban el contenido. De modo que aquello que se contaba también traía consigo formas de la sociabilidad, valores morales, desigualdades y jerarquías. En segundo lugar, estrechamente ligado con lo anterior, considero las *historias contadas* no solo en su carácter textual, como relatos que denotan un contenido, sino como experiencias, íntegras e irrepitibles, que tienen consecuencias sociales. Al centrarme en la acción me interesa poner de relieve los efectos de la narración. Además de actuar como espejos de las relaciones sociales del lugar, los momentos narrativos también recrean esas relaciones. Estos pueden o no estrechar lazos sociales, pueden o no dar credibilidad a determinadas historias. En este punto, en sus intentos de superar la dicotomía entre lo que se dice y lo que se hace, los aportes de Tambiah (1996) y Peirano (2002) nos ayudan a la reflexión. La historia circulará si es narrada en los términos adecuados para la sociabilidad del lugar; del mismo modo, de acuerdo o no a su adecuación, la narración construirá reputaciones, reforzará o debilitará afectos, lazos, etc. Así, la historia contada no implica solamente la transmisión de un contenido, sino una vivencia en todo el sentido de la palabra. Implica una totalidad, una expe-

riencia social íntegra. A partir de aquí, propongo el término *vivencias narrativas* para entender en toda su dimensión a las historias contadas.

En las páginas que siguen presentaré diferentes ocasiones narrativas, desde las conversaciones grabadas por mí hasta los «paseos» a las comunidades. A partir de ellas destacaré distintos elementos que nos remiten a la dinámica social del lugar y que, en consideración de mis interlocutores/as, dotan de validez a las historias que me *pasan*.

## A lo de Ricardo y Doña Lurdes

Un día de semana, poco después de las cuatro de la tarde, Teresinha me acompañó a la casa de Ricardo, su vecino. Teresinha, de sesenta y dos años, fue mi principal anfitriona en el trabajo de campo. Me alojé en su casa, donde vivía con su esposo Gregório —a quien mencioné anteriormente— y su nieta Marcela. Además, en un cuarto con entrada independiente, habitaban Zé Paulo, el hijo menor de la pareja, y Zeferino, un señor de edad que era *pariente* de Gregório.

Ricardo tenía 65 años en aquel momento. Al igual que Teresinha, había nacido en Belém y vivido allí desde siempre, en diferentes porciones de esas tierras. Fue recomendado por Luís para que me contara sobre la *lucha* por la desapropiación de las tierras del asentamiento, lo cual no era considerado parte de la historia de Belém. También algunas pequeñas charlas con Ricardo respecto a Belém provocaron mi interés de «entrevistar-lo», como yo denominaba a esos momentos en los que encendía el grabador.

Cuando llegamos, sus hijas, nietas, hermano y esposa estaban allí. Justo era el momento en que debía guardar su buey, pero antes de decirme que volviera más tarde prefirió que conversáramos un poco para «ver si nos entendíamos». Nos invitó a la sala de su casa y luego de un rato me dijo que retornara a las siete, en el momento de descanso posterior a la cena.

Salimos de la casa y Ricardo fue a atender a su buey. En la puerta, Teresinha se puso a conversar con una antigua vecina que estaba allí. Enseguida, Ricardo regresó. Un vecino podía guardar el animal y entonces él tenía tiempo para contarme la historia. De manera que entramos a su sala y encendí el grabador. Al comienzo, varias de las visitas presenciaron el evento; más tarde, quedé sola con Ricardo y su esposa, Doña Lurdes. Teresinha ya se había ido a su casa.

En el sofá había una guitarra. Quienes estaban allí le sugirieron a Ricardo que entonara alguna melodía, y así lo hizo. Oímos tres canciones. La primera emocionó a sus visitas, hablaba de un accidente fatal que

ocurrió con una familia del asentamiento. Con su segunda canción, intentó disipar el amargor, evocando graciosamente un amor nunca consumado. La tercera homenajaba a la sindicalista paraibana Margarida Alves, asesinada en 1983 por su lucha en defensa de los derechos laborales para los trabajadores rurales.

Al mencionarle sobre Belém, antes de que Teresinha se fuera, pronto comenzaron a rememorar juntos lo que esa palabra traía aparejado. Si bien él había vivido en el latifundio durante su juventud, no se sentía cómodo contando esa *historia*. O porque era chico en esa época, o porque «*su conocimiento era poco*», afirmaba que no tendría mucho para decir de Belém, que no recordaba más. Que la gente más vieja, como Manoel David, ya me habían contado «todo». Y agregaba que sería mejor hablar con el líder sindical de aquel entonces, quien tenía «más estudio» (Ricardo, 30 de abril de 2009). A pesar de ser capaz de reconstruir Belém, Ricardo no era considerado uno de los contadores predilectos de la *historia*, como ocurría con Manoel. El relato de esa historia acarrea así jerarquías.

Doña Lurdes acompañó el encuentro. Permaneció sentada, haciendo breves acotaciones a la charla de su esposo, y al final, una vez apagado el grabador, intervino con algunas opiniones. Hubiera querido escucharla más, pero la dinámica que tomaba el evento no habilitaba tal pretensión. Nuevamente, asomaban las jerarquías.

Hacia el final de la «entrevista», Edmundo, el nieto de Teresinha, de ocho años de edad, fue a buscarme. Aunque debía caminar unos pocos metros, no querían que me marchara sola de allí. De modo que regresé con él a la casa en la que me hospedaba.

## A lo de Doña Guida y Zé

Marcela, la nieta de Teresinha, me acompañó por segunda vez a Boa Fé, una de las comunidades en las tierras de lo que fue la antigua Belém. Esta vez, en lugar de ir caminando, pues la comunidad queda cerca del asentamiento, fuimos en la moto de Marcela. Frecuentemente insistí en ir sola, ya que no quería importunar a mis anfitrionas, pero Teresinha nunca hizo espacio a esas intenciones. Ella no dejaría que me trasladara sola por el lugar.

Doña Guida y su marido son antiguos/as habitantes de Boa Fé. Antônio, otro antiguo habitante de esa comunidad con quien había conversado antes, me sugirió hablar con ellos/as para que me contaran la historia de Belém, así como con otros vecinos/as que también residen allí desde hace mucho tiempo. A su vez, a la casa de Antônio había llegado mediante la recomendación de su hija Sílvia, que habita en el asentamiento.

Al llegar, Doña Guida estaba sentada en el porche de su casa y cosía. A su alrededor, nietos/as, hijos y bisnietos/as se ocupaban en otras actividades. Cuando le hablé sobre mi trabajo y la sugerencia de Antônio, Doña Guida nos hizo pasar al porche y nos facilitó unas sillas. No sería ella quien me fuera a contar de Belém, pues en su opinión sabía muy poco. A pesar de que insistí, que le dije que era su propia experiencia lo que me interesaba, mi pedido no fue significativo. Enseguida mandó a uno de los chicos a llamar a Tião, su vecino de al lado. Zé, su marido, también podría contarme, pero no estaba. Se lo suele encontrar a la tardecita, cuando regresa de trabajar. Doña Guida sugirió que volviera en ese momento para hablar con él. Todavía era de tarde temprano.

Pronto llegó Tião. Estaba cerca de los 90 años y se sintió a gusto hablando de Belém. Doña Guida y quienes estaban en su casa se agruparon para oírlo. Más tarde llegó su esposa. Tião hizo un gran despliegue ante ese auditorio. Su relato se vio mechado de gracias y picardías que se relacionaban con la ocasión. No era yo la única que preguntaba, otras personas que estaban allí también intervenían. Además, lo ayudaban a que me comprendiera, pues su edad y mi acento extranjero no combinaban de la mejor manera. Cuando se cansó, Tião se levantó de la silla y se fue. A pesar de las insistencias para que continuara, él dio por terminado su relato.

Doña Guida había pedido además que llamaran a otro de sus vecinos, Júlio, que llegó un poco más tarde. Cuando Tião se fue, lo invitaron al relato. Júlio asumió la tarea y, sin tampoco dejar de lado el intento de cautivarnos, contó sobre Belém. Luego expresó que se había cansado de hablar y terminó su charla. La cantidad de gente presente y la dinámica de la ocasión afectaron el ejercicio de ambos narradores.

Poco después, partimos con Marcela. La invitación a aquel lugar quedó abierta. Podríamos regresar cuando quisiéramos para continuar conversando con ellos/as.

## A lo de Firmino y Doña Duda

Las mujeres reunidas en la casa de Teresinha me dijeron que Firmino esperaba que fuera a conversar con él y con su esposa y que estaría libre a la tarde. Él también había nacido en esas tierras y tenía más de sesenta años. Como a Ricardo, Luís lo había recomendado para que me hablase de la *lucha* por el asentamiento. Teresinha le pidió a Alice, la esposa de su nieto, que me acompañara a la casa, la cual quedaba a unos metros de allí.

Al llegar, Alice me presentó, me avisó que volvería a buscarme más tarde, o que mandaría a Edmundo, y se fue. Era domingo de tarde, día de mucha lluvia. En la sala, donde me invitaron a pasar, comencé a conversar con Doña Duda, la esposa de Firmino, y poco después él llegó. Ambos participaron del encuentro, si bien Doña Duda debió salir más de una vez para aguardar una llamada en el teléfono público del asentamiento. Más allá de esa eventualidad, fue Firmino quien tomó la palabra durante la «entrevista», mientras que Doña Duda intervino en algunos momentos.

Estuve allí algunas horas. Edmundo y otros nenes, y después Marcela, fueron a buscarme, pero al ver que la charla continuaba se marcharon enseguida. Cuando acabamos de conversar, manifesté mi intención de retirarme. Doña Duda respondió que ella podría acompañarme, pero que sería mejor esperar, seguramente los chicos volverían a buscarme. Es así que me invitaron a comer. Duda encendió la televisión y nos pusimos a conversar de otras cosas y a mirar un programa de la red Globo. Cuando la charla sobre Belém ya había terminado, era ella quien asumía la palabra y se hacía cargo de mi recepción.

El tiempo pasaba y no quería incomodar, pero mi presencia prolongada no pareció molestarlos. Me dijeron que todavía no dormirían, que lo harían más tarde, pues estaban acostumbrados a mirar la novela de la noche. Además, la invitación a pernoctar allí estaba abierta.

A pesar de la amabilidad de mis anfitriones, ya era tarde y en la casa de Teresinha me estarían esperando. Debía volver. Entonces Doña Duda decidió acompañarme. Ella no quería salir de noche, pero tampoco dejaría que regresara sola, a pesar de los pocos metros que tenía que andar. Cuando comenzamos el trayecto nos encontramos con dos jóvenes profesoras de la escuela del asentamiento que pasaban por allí. Doña Duda me presentó y me indicó que fuera con ellas, que se dirigían hacia el mismo lado que yo.

Respecto del tiempo que pasé en esa casa, Firmino opinaba que no todas las personas que yo había visitado hablaban como él y su esposa, que algunas contaban menos. Para él, que me quedara conversando con ellos varias horas era un indicador de la virtud de su relato y se sentía conforme con aquello.

## A Lagoa do Gibão

Pasé mucho tiempo con Teresinha. A veces, ella me contaba la *historia de su vida*, o *su vida*. Me hablaba de aquello mientras desempeñaba otras tareas, en la cocina, en la galería o en el patio. Pero prefería hacerlo a la noche, luego de la cena, en la agradable galería externa de su casa, con

sus familiares oyéndola y a veces también con sus vecinos/as, sentados/as en la red o en las sillas confortables que allí había. En los primeros tiempos no encendí el grabador, no parecía pertinente en el estilo informal e íntimo que tomaban nuestras conversaciones. Ya cerca de mi primera partida le dije que me gustaría grabarla, registrar su voz diciendo algo de aquello que me había contado en diferentes situaciones. Si bien le provocó algunas risas, ese pedido era para ella lo adecuado. Así debía ser. En su opinión, el mejor horario era cuando todo ya había acabado, también su comida, antes de irse a dormir. Era cuando podíamos conversar tranquilas, sin las frecuentes interrupciones y ocupaciones, sin tener que pausar su relato con frases como: «¡*Marcela, ve a ver a la pava!*», expresó (Teresinha, junio de 2009).

Hubo también otro modo con el que Teresinha me introdujo a la historia de su vida y fue mediante las visitas que hicimos a las diversas comunidades de Belém donde ella vivió o donde tenía parientes. Esas visitas se volvían parte de la historia que me pasaba. Con ella fuimos a la comunidad Moreno y visitamos a sus parientes. Allí recorrimos el paisaje que constituía su historia, el árbol que le recordaba a su padre o la casa en ruinas donde este y su madre vivieron sus últimos años. Con ella también fuimos a pasar el día a Lagoa do Gibão, la comunidad de Belém donde habitó mucho tiempo, donde tenía su casa, sus vecinas y familiares. Ella habría quedado insatisfecha, me dijo, si yo no hubiese conocido su casa y su gente querida de aquel lugar.

De modo que hacia allí nos dirigimos. Temprano, el día de la visita, Teresinha le dijo a Marcela que preguntara a Evandro y a Gregório sobre ir esa tarde a la comunidad, ya que ellos nos transportarían en la camioneta. Evandro es hijo de Teresinha, también vive en el asentamiento y desempeña un cargo en el sindicato de trabajadores rurales del municipio. Él había crecido en Lagoa do Gibão.

Luego del almuerzo, Evandro llegó diciendo que ya podríamos ir. Todas fueron a prepararse para la ocasión. Se cubrieron con ropas de salir, cremas y perfumes. Sería una visita a parientes y vecinos/as y un paseo familiar a un lugar que amparaba recuerdos. Teresinha ya le había avisado a su hija Estela, al encontrarla en la feria, que esa semana iríamos allí. Estela vive en Lagoa do Gibão y cuida la casa de su madre, que se sitúa próxima a la suya.

Partimos en la camioneta con Teresinha y su hijo Evandro, su nieta Marcela, su hija Consolação y sus nietos Edmundo y Renatinho. En el camino, nos encontramos con Alice, la nuera de su hija, que volvía de trabajar en el pueblo y también se sumó al paseo. Durante el trayecto,

Teresinha me mostraba objetos y lugares y me contaba al respecto, y los demás sumaban a su relato.

Una vez en Lagoa do Gibão, el contacto con el sitio y con las personas fueron elementos centrales con los que Teresinha me *pasó* su historia. La casa de una amiga suya, la laguna del lugar, el encuentro con un viejo vecino, iban componiendo el paisaje de la historia antes de estacionar el transporte. Ya llegados, en la casa de Teresinha revivimos mucho de lo que me había contado. Allí estaba la cocina con la puerta hacia el patio y desde el patio se veía a lo lejos la comunidad en la que creció, separados por un trecho donde antes era todo matorral. Por allí tenía que pasar caminando para lavar la ropa en un embalse. Más cerca se veía la casa de su hija y el tanque de agua. Y también ahí estaba el lugar donde se sentaba a descansar y desde donde no se veía a nadie. La soledad de los últimos años en Lagoa do Gibão la terminó cansando.

Pero Teresinha sabía que yo tenía que escuchar sobre *la* historia de Belém y, en su parecer, eso no era exactamente lo que ella me contaba. A pesar de mis ganas de quedarme en la casa con Teresinha y con las otras mujeres, ella me sugirió que fuera con Evandro y su nieto a hablar con los varones más ancianos del lugar.

Al respecto, Teresinha y su hijo reflexionaron sobre el contador más virtuoso. Más de una vez me habían hablado de don Augusto. Pero luego pensaron en Zé Amâncio. Evandro señaló que primero debía conversar con este último; en su opinión tenía la virtud no solo de ser un anciano que sabía mucho sobre Belém, sino también de *saber contar* y de ser *inteligente*. Para Evandro, Augusto no contaba como Zé Amâncio. También para Teresinha, Zé Amâncio sabía hablar de todo y era muy inteligente.

Fui entonces con Evandro y su hijo Renatinho a la casa de Zé Amâncio, quien me hizo pasar a la sala. Él no me diría mentiras, me dijo. En su parecer, yo debía ser muy atenta en la elección de las personas con las que hablaba, de lo contrario podría escribir tonterías. Mis acompañantes se quedaron reunidos con otras personas cerca de allí y, más tarde, Renatinho vino a buscarme para avisarme que su padre partiría. Antes de irnos, pasamos por la casa de Augusto, donde estaba Marcela. Luego llegaron Teresinha y los/as demás. Teresinha había ido a ver a su querida vecina, la esposa de Augusto.

Ya de regreso, en la galería de la casa de Teresinha, consumada la cena y con el té en mano, conversamos sobre nuestro día. Como lo había hecho en otras ocasiones, ella me preguntó si me había complacido la entrevista con Zé Amâncio. Me hizo la misma pregunta acerca de Augusto (con quien solo pude conversar un momento muy breve) y luego trajo las comparaciones: «¿Quién te gustó más?», «¿Quién sabe más la historia?»

y «¿*Quién sabe contar mejor?*» (Teresinha, septiembre de 2009). Saber la historia y no decir sandeces no eran las únicas virtudes apreciadas, también saber contar lo era.

## Entretejidos

La idea de «entrevista» tomaba sentido desde mi punto de vista, pero no así desde el de varios/as de mis interlocutores/as. Cuando las personas me *contaban* o *pasaban* una *historia* me introducían en la dinámica social del lugar, y si utilizara únicamente la noción de «entrevista» para describir ese momento, estaría velando el mundo social que este abría.

Apreciar el momento en que las historias eran contadas nos reenvía a sociabilidades, placeres y destrezas. Nos devuelve a una forma de encuentro. Al observar la voz que une «*en el calor de las presencias simultáneas*» (Zumthor, 1993: 143) el cuento del bardo que es capaz de lograr una memoria común y sagrada (Dupont, 1991), o las visitas en la casa de Alexandre (Ramos, 2008), estos autores llaman la atención sobre la comunión que las narraciones generan.

Con las historias, las personas de Belém rememoran situaciones, pasean, se visitan, se reúnen y conocen una de la otra. Que yo escuchara sobre Belém, por ejemplo, para Maria Clara también significaba ir un domingo a visitar a su padre y a su abuelo en la ciudad. Maria Clara, con quien me encontré varias veces en el trabajo de campo, vive en Manaus, una de las comunidades que se erigen en las tierras de la antigua Belém, y es la nieta de Serafim, el exbalancero de la propiedad. Se había entusiasmado con acompañarme a la casa de su padre y de su abuelo para que ellos me *contaran la historia*: «*Mi padre cuenta la historia que su padre ya contó, que está con 96 años*» (Maria Clara, 1 de mayo de 2009). De igual modo, para Manoel, el viejo vaquero, escuchar sobre Belém merecería incluir una visita a su amigo Serafim. Si bien por su salud no fue posible hacerla, al recomendármela haría que yo llevara algo de él hacia Serafim. Teresinha, por su parte, me transmitió la historia de su vida tanto mediante su relato como por medio de las visitas a su antigua casa y a sus parientes y vecinas de otras comunidades.

La narración de Belém significó también un momento de encuentro entre vecinos de Boa Fé en la casa de Doña Guida. La ocasión juntó a la dueña de casa, a sus viejos vecinos varones que me hablaron de Belém, a la esposa de uno de ellos y a los más jóvenes familiares que se sentaron todos a escucharlos en el porche del frente de la casa.

El momento de contar historias nos reenvía también a normas de circulación y de arribo a las casas. Mi andanza por el lugar no fue com-

pletamente inusual. No entré al asentamiento como alguien de afuera que al hacer su trabajo imponía su propio movimiento, sino que a partir de mi permanencia allí hube de acomodarme a las pautas corrientes.

Al hospedarme en lo de Teresinha y Gregório me convertí en su *visita*. Una vez ahí, quedaba a merced de Teresinha, la dueña de casa, y comencé a adecuar mis movimientos a la organización del lugar. Eso me mostró que el desplazamiento de mujeres solas por ese sitio no es apropiado. Si bien para realizar mi trabajo debía circular no solo por el asentamiento, sino también por las *comunidades* del lugar, eso no causaba inconvenientes si alguien me acompañaba a hacerlo. Todas las veces que quise salir a «entrevistar», Teresinha llamó a uno de sus nietos pequeños o a Marcela para que fueran conmigo. Incluso ella me acompañó algunas veces. Consolação, la madre de Marcela, también lo hizo en otras ocasiones, generalmente en el asentamiento. En algunas circunstancias, quien me acompañaba se quedaba conmigo en la casa de la persona adonde iba. Cuando no era así, nunca regresaba sola, ya que algún familiar de Teresinha me iba a buscar o volvía con alguien de la casa en la que me había quedado. Lo mismo ocurría cada vez que regresaba a la capital del Estado. No importaba que hubiera llegado sola desde Natal, desde Rio de Janeiro o desde Argentina: cuando entraba al asentamiento las reglas de circulación se transformaban y desde las primeras ocasiones se hizo claro que no podría andar sola por aquel lugar.

Una vez en las casas de las personas, mi acompañante sería para estas una referencia. Por lo general, ya estaban enteradas de que me hospedaba en lo de Teresinha y la red de relaciones que me traía era un dato más importante que las características concretas del trabajo que realizaba. Las casas estaban abiertas a la llegada de visitas. Quien me acompañaba solía entrar con la voz en alto: «¡Doña Fulana!», «¡Doña Mengana!», pronunciando el nombre de la dueña de casa, aunque yo estuviese buscando al marido.

El momento de contar historias nos devuelve asimismo a formas de la hospitalidad. Era importante complacer a la visita y ofrecerle un instante de agrado. Así como el disfrute no quedaba fuera de los banquetes griegos (Dupont, 1991) o de la experimentación de una de una obra (Galand-Pernet, 1998; Zumthor, 1993), en las tierras de Belém el placer no quedaba fuera de los momentos narrativos, que requerían de gustos, tiempos y lugares específicos. Las historias contadas tomaban olor a café, que incansablemente bebía en cada casa adonde iba. Tenían gusto a jugos de frutas del lugar y a desayunos, almuerzos o cenas. Cuando la historia alcanzaba los horarios de comida del contador, la invitación a comer para quien lo estaba escuchando solía hacerse presente. Las narraciones impli-

caban un momento de descanso y entretenimiento y se hacían en el lugar más confortable de la casa, que sería la sala o el porche.

Aunque pocas veces era posible para mí, pues no tenía acompañante, eran realizadas de preferencia después de la cena, cuando era el momento de conversar; un momento fresco y libre de los ajetreos diarios, un momento tranquilo, donde los vecinos tenían tiempo para reunirse.<sup>6</sup> Cuando debían ser contadas en otro horario, las historias igualmente buscaban una pausa para hablar, mirarse, escuchar y ser escuchado, y a veces hasta para cantar. Se procuraba que fuera un horario donde el contador pudiera dedicarse a aquello sin tener que estar atendiendo a su trabajo. La tardecita, por ejemplo, cuando los animales ya estaban guardados, era para los hombres un buen momento, mientras que para las mujeres lo era luego del almuerzo y durante la tarde, lejos de los tiempos de preparación de las comidas.

La pausa permitiría un buen desempeño, así como una narración detallada. De este modo, Ricardo, el vecino de Teresinha, comenzó su relato con una guitarra y su canto, oído por mí, por Teresinha y por sus familiares y parientes que vivían cerca de su casa. También Teresinha, uno de los días que la grabé, empezó a contarme su vida con una canción a capela cuyo tono de voz era acorde con la «tristeza e ilusión» que describía. Asimismo, la narración de Luís Cardoso sobre la lucha en el asentamiento terminó con la música que el violín de su hija Laura hizo sonar, así como con una invitación a cenar. En el transcurso, además, su esposa me ofreció jugo de guayaba y galletitas. En ausencia de un porche, esa narración —y también la de Ricardo— se realizó en la sala de su casa.

Las ocasiones en las que las historias se contaban nos devuelven también a diferencias y desigualdades de género en el uso de la palabra. Doña Guida me recibió amablemente, pero no quiso contarme la historia y llamó a sus vecinos para que lo hicieran. Doña Duda cedió la estructuración del relato a su marido. Teresinha me contó su historia muchas veces; sin embargo, para hablar de Belém ella me remitió a otras personas, a varones más viejos: sus antiguos vecinos de Lagoa do Gibão y también su tío Joca en Moreno, a quien fuimos a visitar con ese fin. Por regla, cuando una pareja me recibía, quien contaba era el varón. Las mujeres lo hacían solo si no había varones a su lado. Ellas apoyaban con su presen-

---

6 .Las conversaciones luego de la cena son corrientes en el lugar. La bibliografía hace mención de esta costumbre. Al señalar el contexto de diversión en el que tienen lugar las adivinanzas que recopila, Melo (Sin fecha) menciona, entre otras situaciones, las reuniones después de la cena. También Cascudo (1956) llamó la atención sobre este hecho, que no se restringe a la región estudiada. Ver, por ejemplo, Heredia (1979), quien se refiere a las «palestras» que luego de la cena tienen lugar entre pequeños productores de la Zona da Mata Norte de Pernambuco.

cia el relato de su marido, además de participar atentamente y hacer comentarios a la narración principal. No ocurría lo mismo con los hombres, pues, cuando las mujeres contaban, quienes las escuchaban eran otras mujeres o varones más jóvenes, no así hombres de la misma generación. Asimismo, cuando ellos narraban, eran ellas quienes me ofrecían las refecciones y me invitaban a los desayunos, almuerzos y cenas. Por lo general, las mujeres conocían muy bien aquello que el varón contaba; aun así, *la historia* de Belém no les pertenecía. Al narrar, decían hacerlo sobre la historia de su *vida*, o sobre su vida (Figurelli, 2011).

Como vimos con la visita a Lagoa do Gibão, hubo otras maneras de pasarme historias. Para Teresinha, la descripción de su vida también envolvió ese paseo que hicimos junto a sus hijos/as y nietos/as, así como los perfumes y las vestimentas apreciadas que todos/as ellos/as se pusieron para tal fin. Además, para que yo supiera en qué consistían las comidas de las que me hablaba, con ella probé el *beiju* y la torta *pé de moleque* que durante toda su vida hizo. También con otras mujeres hice paseos por el lugar y visité a sus parientes y vecinos para que ellos conversaran conmigo. En la comunidad Manaus, por ejemplo, Adelina, la madre de Maria Clara, quien tenía una edad semejante a la de Teresinha, me llevó durante la «entrevista» a conocer diferentes rincones de su comunidad, entre ellos el puente que una vez construyeron con su exmarido en la ruta y que hoy albergaba además la casa de paredes de barro de Francisco, un señor de edad con quien luego bajamos a conversar. Con las mujeres, las historias fueron pasadas a veces por medio del relato, a veces mirando, visitando, e incluso probando las comidas que hicieron a lo largo de su vida. Las historias quedaban abiertas y podían ser retomadas en otras ocasiones.

Asimismo, con ellas eran posibles las interrupciones de sus relatos. Este punto recuerda algunos trabajos sobre narrativas en el sur de la India, los cuales observan que, a diferencia de los hombres, las mujeres interrumpen sus relatos con tareas domésticas (Mills, 1991; Ramanujan, 1991) o cantan mientras trabajan en los campos de arroz (Claus, 1991). Teresinha prefería *contarme su vida* no a cualquier hora, sino a la noche. Sin embargo, esa preferencia no impedía que su narración también pudiera ser hecha en el medio de su trabajo. Tal vez aquello fue así por la relación más íntima que establecí con las mujeres; sin embargo, esas situaciones eran raras con los varones, aún con los más ligados a la casa en la que me hospedaba, quienes solían requerir de momentos específicos para contar.

Las historias también implicaban un *saber contar*, «*un conocimiento, la inteligencia [...], la sensibilidad, los nervios, los músculos, la respiración, un talento de reelaborar en tiempo tan breve*» (Zumthor, 1993: 141). Implicaban un *dominio*, como señaló Evandro en la «entrevista» con Luís

Cardoso: «*Luís cuenta la historia del asentamiento, no domina la historia de Belém*» (Evandro, 14 de abril de 2009). Las historias implicaban saber «*comenzar una historia y llevarla adelante*», como me dijo Antônio de Ribeiro (19 de abril de 2009), un habitante del asentamiento, nacido en las tierras de Belém, de las cuales había tenido que huir durante la dictadura, y quien fue especialmente recomendado para contar la historia del movimiento sindical en la propiedad.

Al pedirles que me cuenten sobre Belém y sus vivencias en Belém, los narradores comenzaban a desplegar su destreza. Comenzaban a contarme y a definir esa historia que sería pasada, que sería transmitida para los vecinos, familiares o solo para mí, y que de mí iría «hacia el fin del mundo», como dijo Manoel de Bete,<sup>7</sup> hacia Argentina o Rio de Janeiro (3 de junio de 2009). Quienes eran considerados buenos contadores eran aquellos que no solo sabían de las experiencias por haberlas vivido, es decir, aquellos que tenían algo para contar, sino también los que sabían pasarlas. Además del género, de la edad y de la posición social de quien narraba,<sup>8</sup> entraban a jugar consideraciones sobre *inteligencia* y habilidades narrativas. Las personas no dejaban de tomar eso en cuenta a la hora de recomendarme a alguien para que me contara. Luego, muchas de ellas me preguntaban si había sido de mi agrado el modo de contar de quien habían recomendado. Como Teresinha, por ejemplo, quien a cada entrevista que yo hacía, me cuestionaba sobre cuál de todas las conversaciones me había parecido más virtuosa.

Saber contar la historia, como mencionó Antônio de Ribeiro, se identificaba con poder construir una linealidad, con comenzar un tema y ser capaz de seguirlo hasta agotarlo. En el relato de lo que se consideraba un buen contador, mis preguntas y las del resto del auditorio —cuando este existía— eran secundarias, esparcidas en lo extenso del relato. Eran un punto de partida; la pregunta tenía lugar solo si el tema se agotaba. Se tiraba leña al relato únicamente cuando la llama se apagaba; cuanto menos leña, mejor contador. Esa dinámica estuvo presente sobre todo entre los más antiguos, aunque también entre algunas personas más jóvenes que,

---

7. Manoel de Bete es un antiguo morador de Belém y una figura destacada en la organización del movimiento sindical en la región, recomendado de forma significativa por las personas ligadas al sindicato para contar *la historia*. Tenía 93 años al momento de mi trabajo de campo.

8. Zeferino, por ejemplo, el *pariente* de Gregório que vivía en su casa, no era un contador autorizado. Varias veces expresé a los miembros de la casa mi interés por «entrevistarlo», pero esa idea no tuvo buena recepción. Zeferino, de varios años, también era de esa región. Sin embargo, era un trabajador de Gregório que no tenía casa ni tampoco una familia de procreación, lo cual lo colocaba en una baja posición en la jerarquía y lo desautorizaba como posible narrador.

si bien no estaban aún habilitadas en el arte de la narración, habían ya intuido los secretos del contar. Los recomendados para contar Belém fueron los más ancianos, aquellos que vivieron lo que yo preguntaba, pero además aquellos que dominaban el arte de la conversación y poseían una destreza verbal y corporal, una seriedad y al mismo tiempo una picardía, una astucia y una desenvoltura necesarias para entretener a quien los oía.

La oralidad tiene centralidad en estas *historias*. Una historia es lo que se cuenta y ese contar la define, le da una particularidad que la distinguirá de la historia que será definida en otro momento de transmisión. La historia será dinámica y sujeta a las variadas reelaboraciones de cada oratoria, de modo que se hace necesario mirar hacia el momento en que las historias eran pasadas.

La forma que tomaba ese momento no es irrelevante a las historias. Nos devuelve a consideraciones en torno al talento, a las sociabilidades del lugar, a las jerarquías y posiciones que venían junto a la existencia de la historia. Nos devuelve a las condiciones litúrgicas apropiadas de Austin (2006) y a un poco más. Es posible pensar esos momentos como *eventos*, en el sentido de Peirano (2002), como aquellos fenómenos especiales pero imprevisibles hacia los cuales la autora propone ampliar el análisis antropológico de rituales. Como resultado de su intento por superar la antinomia entre pensamiento y acción que caracterizó a dicho análisis, los *eventos* nos tienden un camino para vislumbrar la falsa dicotomía entre «lo dicho y lo hecho». En estos términos, y siguiendo a Tambiah (1996), a quien Peirano destaca, podemos decir que la forma que tomaban los momentos en los que las historias eran pasadas implicaba modos *convencionales* de proceder que envolvían una «moralidad pública», y ese vínculo entre la forma y el contenido era esencial para la *eficacia* de la acción ritual; en este caso para la credibilidad de la historia contada, para su futura circulación, para su posible ampliación geográfica a manos de una investigadora de la universidad, en fin, para su existencia misma. Así como para estrechar lazos sociales.

## Conclusiones

Cuando preguntaba sobre «Belém» durante el trabajo de campo, las personas me *contaban historias*. Las historias se actualizaban en tanto que eran contadas y entraban en circulación. De modo que el momento de contar toma una dimensión fundamental. Es ese momento lo que me interesa poner de relieve en este trabajo.

La atención puesta en las situaciones en las que las historias eran pasadas nos introduce en la dinámica social del lugar. Al contar historias,

las personas no solo referencian y transmiten un contenido, también recrean nociones y modos de la destreza, formalidades, moralidades, reputaciones y jerarquías sociales entre aquellos/as que comparten esa forma de la narración. Es así como, al pensar los momentos narrativos como una «entrevista», estaría cometiendo el error de interpretar con mis modos de sociabilidad otros que eran mucho más que eso. En tales momentos nos sumergimos en la sociabilidad entre las personas y en la oralidad de las historias. Así como aquello que se cuenta, también esos aspectos son constitutivos de las mismas.

Además de ser contadas, las historias precisaban ser bien contadas. Es decir, el momento narrativo debía ser acorde a un número de convenciones que, aparte de introducirnos en la sociabilidad del lugar, daba crédito y mayor repercusión a determinadas historias. Su intercambio, su *pase*, se volvía así eficaz. La historia se hacía legítima.

Las historias contadas implicaban paseos, visitas y encuentros de vecinos y parientes. Significaban un modo de reunirse las personas unas con otras. Y además de la experiencia de estar juntos, esos encuentros implicaban determinadas reglas. Por lo general, las historias se contaban en las diferentes casas, y había una manera de llegar allí. Tanto quienes me acompañaban como yo éramos habitualmente recibidos/as como una *visita*. En mi caso alcanzaba ese rango, pues me hospedaba en la casa de una habitante del lugar, y traté de disponer mis movimientos del modo que ella y quienes la circundaban consideraban apropiado. Las personas comenzaron a conocerme en ese entorno, si bien sabían de mi trabajo y de mi lugar en la universidad. Además, su red de parientes me acompañaba a las diferentes casas ya que no se consideraba apropiado que por el lugar las mujeres circulen sin compañía.

Una vez en las casas de las personas se ponían en juego formas de la hospitalidad. Lugares de la casa, comidas y bebidas, horarios y tiempos adecuados entraban en las historias por medio de una escucha placentera. Aquello sellaba la reputación de buen/a anfitrión/a y el establecimiento o la continuidad de una buena relación.

Por su parte, las historias implicaban un desempeño diferente entre varones y mujeres. Si se trataba de personas de la misma edad y condición social, los hombres tenían prioridad en la palabra. *La* historia de Belém era contada por varones, y las mujeres reconocían y acompañaban el relato escuchando atentamente, añadiendo comentarios, atendiendo a las visitas. Las mujeres narraban historias solo en ausencia de varones mayores o de la misma edad. Además, ellas tenían otras formas de pasar las historias. Así, los relatos podían ceder a los paseos o a las actividades

demostrativas de aquello que me contaban (cómo cocinaban, por ejemplo) y podían, por otra parte, ser constantemente interrumpidos.

Las historias precisaban igualmente de un buen contador. De preferencia un varón viejo que había vivido el tiempo de Belém, que *recordaba*, que no diría *mentiras* y que tenía *dominio* e *inteligencia* para contarla. La oralidad se volvía central, ya que el modo en el que la historia era *pasada* también definía esa historia. Cada historia contada era inseparable de su narración. Saber contar era una virtud apreciada, que no todos poseían. El contador debía tener el talento de pasar una historia verdadera, coherente, completa.

La atención al momento de pasar las historias nos devuelve a la sociabilidad y a las jerarquías entre las personas que habitan el lugar. Pero, además, pone de relieve una cuestión que me interesa destacar y es el intento que aquí hago por entender las historias contadas como una vivencia. Quienes narraban no me pasaban información que luego podría desligarse de su totalidad para ser convertida en datos sueltos, en fragmentos que ayudarían en una futura reconstrucción. Los contadores no transmitían un contenido capaz de ser aislado y clasificado. Muy diferente a eso, las historias contadas me hablaban de una totalidad, que en un principio no llegué a comprender. Eran una experiencia íntegra y eran *vividas* en ese momento. No se repetirían, cada una de ellas sería única. Junto a aquello que se contaba, junto al contenido del relato, las *historias contadas* traían el momento de contar, la experiencia, la vivencia, la acción. Traían un *evento*, con todo lo que este comprende.

Como el prefacio de este artículo deja ver, en la obra de Graciliano Ramos el momento de contar se hace tan importante como aquello que se cuenta. Cada historia narrada por Alexandre se impregna de ese momento de encuentro de vecinos, de las noches de luna llena, de las características de los oyentes, de la voz gangosa de Alexandre, de los gustos de las bebidas o de los olores del tabaco. Se ilumina el momento de contar, ese momento que hará que cada historia no sea de una vez y para siempre, ese momento que le dará a los textos su *movencia*, como diría Zumthor (1993), que mantendrá vivo un pasado que se recreará y cambiará con cada contar.

## Referencias

- Abu-Lughod, L. (1999). *Veiled Sentiments. Honor and Poetry in a Bedouin Society*. Berkeley: University of California Press.
- Almeida, A.W. y Esterci, N. (1977a). Quixadá: A formação do povoado e o acesso à terra pelos pequenos produtores. En *Projeto Emprego e Mudança Sócio Econômica no Nordeste*. Rio de Janeiro: Museu Nacional/UFRJ.

- Almeida, A.W. y Esterici, N. (1977b). Terras soltas e o avanço das cercas. En *Projeto Emprego e Mudança Sócio Econômica no Nordeste*. Rio de Janeiro: Museu Nacional/UFRJ.
- Andrade, M.C. (1998). *A terra e o homem no Nordeste: Contribuição ao estudo da questão agrária no Nordeste*. 6ta ed. Recife: Editora Universitária da UFPE.
- Austin, J.L. (2006) [1962]. *Cómo hacer cosas con palabras: palabras y acciones*. 2da ed. Buenos Aires: Paidós.
- Bastos, E.C. (sin fecha). *A cultura de algodão no sertão paraibano*. Rio de Janeiro: Museu Nacional/UFRJ. Manuscrito no publicado.
- Bauman, R. (1975). Verbal Art as Performance. *American Anthropologist, New Series*, 77(2): 290-311. En <http://www.jstor.org/stable/674535>. Accedido el 7 de mayo de 2018.
- Ben-Amos, D. (1971). Toward a Definition of Folklore in Context. *The Journal of American Folklore*, 84(331): 3-15. En <http://www.jstor.org/stable/539729>. Accedido el 7 de mayo de 2018.
- Cascudo, L.C. (1956). *Tradições populares da pecuária nordestina*. Rio de Janeiro: Ministério da Agricultura, Serviço de Informação Agrícola.
- Claus, P. (1991). Kin Songs. En *Gender, Genre, and Power in South Asian Expressive Traditions*. A. Appadurai, F. Korom y M. Mills, Eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Dupont, F. (1991). *Homère et Dallas. Introduction à une critique anthropologique*. Paris: Hachette.
- Figurelli, M.F. (2015). Histórias que são passadas. Vozes e entidades que circulam nas reconstruções do passado de uma antiga fazenda. *Revista Mana. Estudos de Antropologia Social*, 21(2): 347-376. En <http://dx.doi.org/10.1590/0104-93132015v21n2p347>.
- Figurelli, M.F. (2011). Família, escravidão, luta: histórias contadas de uma antiga fazenda. Tesis doctoral no publicada. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, UFRJ.
- Galand-Pernet, P. (1998). *Littératures berbères. Des voix. Des lettres*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Gold, A.G. (1991). Gender and Illusion in a Rajasthani Yogic Tradition. En *Gender, Genre, and Power in South Asian Expressive Traditions*. A. Appadurai, F. y M., Eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Grima, B. (1991). The Role of Suffering in Women's Performance of *Paxto*. En *Gender, Genre, and Power in South Asian Expressive Traditions*. A. Appadurai, F. Korom y M. Mills, Eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Heredia, B.A. (1986). As transformações sociais na *plantation* canavieira. O caso do sul de Alagoas. Tesis doctoral no publicada. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, UFRJ.
- Heredia, B.A. (1979). *A morada da vida: trabalho familiar de pequenos produtores do nordeste do Brasil*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Hymes, D. (1971). The Contribution of Folklore to Sociolinguistic Research. *The Journal of American Folklore*, 84(331): 42-50. En <http://www.jstor.org/stable/539732>. Accedido el 7 de mayo de 2018.

- Jakobson, R. (1986). *Linguística y poética*. En *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Johnson, A. (1971). *Sharecroppers of the Sertão. Economics and Dependence on a Brazilian Plantation*. Stanford (CA): Stanford University Press.
- Melo, J.M. (sin fecha). *Enigmas Populares*. Rio de Janeiro: A Noite.
- Mills, M. (1991). Gender and Verbal Performance Style in Afghanistan. En *Gender, Genre, and Power in South Asian Expressive Traditions*. A. Appadurai, F. Korom y M. Mills, Eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Palmeira, M. (1977). Casa e trabalho: nota sobre as relações sociais na *plantation* tradicional. *Contraponto*, II(2): 103-114.
- Peirano, M. (2002). Prefácio y Capítulo I. En *O dito e o feito. Ensaio de antropologia dos rituais*. Mariza Peirano, Org. Rio de Janeiro: Relume-Dumará, Núcleo de Antropologia da Política/UFRJ.
- Ramanujan, A. (1991). Toward a Counter-System: Women's Tales. En *Gender, Genre, and Power in South Asian Expressive Traditions*. A. Appadurai, F. Korom y M. Mills, Eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Ramos, G. (2008). *Alexandre e Outros heróis*. 53ª ed. Rio de Janeiro: Record.
- Sigaud, L. (1979). *Os clandestinos e os direitos: Estudo sobre trabalhadores da cana-de-açúcar de Pernambuco*. São Paulo: Livraria Duas Cidades.
- Tambiah, S. (1996). A Performative Approach to Ritual. En *Readings in Ritual Studies*. R. Grimes, Ed. Upper Saddle River (NJ): Prentice-Hall.
- Zumthor, P. (1993) [1987]. *A letra e a voz: a «literatura» medieval*. São Paulo: Companhia das Letras.

